

I

Para loar las gracias desbordantes
de tus maravillosas primaveras;
mirras, joyas, cuadrigas de panteras,
y áureos tronos en blancos elefantes.

Versos que sean como tú fragantes,
de ritmo ágil como tus caderas,
y rimas raras como tus ojeras
y como tus cabellos ondulantes.

¡Nuevas estrofas!... Para suspenderlas
cual lágrimas de luz, en los collares
que rodean tu cuello de sultana,

descenderé hasta el fondo de los mares,
y arrancarán mis manos esas perlas
que jamás contempló pupila humana!

II

¿Qué misterio recóndito y terrible
te envuelve en el pavor de su negrura,
que siente quien contempla tu figura
la violenta atracción de lo imposible?

¿Qué recata tu tul? La inmarcesible
juventud de una olímpica escultura?...
¿rosas de amor ó lirios de ternura?
Bajo tus corvas garras, impasible

esfinge, sangra el corazón herido
que ni espera un consuelo ni un olvido...
En vano errante cruzaré la tierra.

El camino que emprenda, ese camino
á ti me ha de llevar, que en ti se encierra
la gran fatalidad de mi destino!

III

¿Por qué tornas á mí? ¿Di, por qué vienes
á la aridez de mi heredad desierta,
y al pisar los umbrales de mi puerta
me miras sonriendo y te detienes?

¿Qué esperanzas, qué sueños ó qué bienes
puedo ofrecer á tu esperanza incierta,
si en los rosales de mi tierra muerta
no quedan rosas con que ornar tus sienes?

Vuelve al olvido! Vuelve á la mortaja,
al silencio profundo de la caja
donde de nuevo mi dolor te encierra...

Y déjame llorarte eternamente!...
¿Cómo soñar amores el que siente
que el alma es humo y nuestra carne tierra?

IV

Tanto tiempo perdido en vanos juegos!...
Amor y Gloria, cuando á mi lleguéis
—¡vosotras, vanas sombras, lo sabéis!—
veros ya no podrán mis ojos ciegos!

Mueren en su frialdad todos los fuegos...
¡Oh, pobres labios ¿para qué os tendéis
á su amor, si por más que supliquéis
siempre será impasible á vuestro ruegos?

¡Confórmate, ilusión, con el olvido!
¡Sin haberla logrado la has perdido!...
En vano el labio sin cesar te nombra,

¡oh, luz lejana y por lejana bella!...
¡Jamás mi mano alcanzará la estrella!
¡Nunca mi brazo estrechará la sombra!

V

Á través del recato que te cubre
oponiendo á mi afán broches de oro,
mis lascivias presienten el tesoro
desbordante de mieles de tu Octubre.

Bajo las sedas mi ilusión descubre
todas las glorias que en mi sueño añoro,
y tu perfecta desnudez adoro
á través del recato que te cubre.

Sólo desnudo vi tu brazo bello...
 Mas tu total belleza retratara
 sin más adorno que un collar al cuello

y un espejo de oro entre la mano,
 como á la flor divina de Ferrara
 retrató la lascivia del Tiziano!

VI

Tu áureo collar ¡oh, surtidor! desgrana!
 Bate tus alas, cándida paloma!...
 Lirio—incensario de pureza—¡aroma!
 que ella se va á asomar á su ventana!

Los jazmines suspiran: ¡nuestra hermana!—
 y la Venus curvada que se asoma
 entre el verde laurel:—¿Acaso toma
 mi mármol otra vez figura humana?

Y yo también me digo, no pudiendo
contener este amor, pero temiendo
profanarlo al hablar...—¡Oh, quién pudiera

ser almohadón bajo tu sien tendido,
para decirle en tanto que durmiera
mis secretos amores á su oído!

VII

¿Eres alguna noble y santa dama
cuya divina desnudez de lirio,
se entrega sin temores, al martirio
purificante y rojo de la llama,

ó impúdica ramera que nos llama,
desde su lecho? (En el tapiz asirio
tal la pantera ruge en el delirio
sangriento y llameante de la brama)

¿Te he visto al pie de algún santo madero
reencarnando el dolor de Magdalena?...
¿Ó trémula de amor, sobre la joya

de deslumbrante capa de torero,
vi aparecer tu desnudez morena
bajo el encanto del pincel de Goya?

VIII

No puedo más! no puedo! Cada hora
es una nueva garra que se clava
dentro del corazón. Cuando se acaba
un dolor, viene otro... y me devora.

Mi juventud soberbia y triunfadora
cuando era libre y por el mundo andaba,
hoy envejece del dolor esclava,
y de tanto llorar cegó... y no llora,

Sucumbió mi esperanza asesinada,
y hoy yace bajo tierra sepultada!
Mas si cual Cristo á Lázaro, algún día

suspirase tu voz—Alza!... Despierta!...
De su obscuro sepulcro se alzaría
para adorarte mi esperanza muerta!

IX

Mas ¿para luchar? Todo camino
hasta ti me conduce... ¿Quién refrena
el ímpetu del mar? ¿Quién encadena
la ciega voluntad del torbellino?

Inútilmente mi pasión domino.
Sé que tu amor me matará de pena,
mas adorarte hasta morir me ordena
la gran fatalidad de mi destino.

Y todo inútil es. El más terrible
dolor con que me humillas y me hieres,
por el que á solas sin consuelo clamo,

no es ya saber que tu amor es imposible,
sino sabiendo que imposible eres,
amarte con la fiebre que te amo!

X

Cuando á mis campos desolados tornes
no hallarás una espiga en sus rastrojos,
para que el tul de tu corpiño adornes...
Sólo desolación verán tus ojos!

Ni aletear un pájaro se siente...
¡Ni la sombra de un árbol que pudiera
evocar en lo estéril del presente
la embriaguez de la antigua Primavera!

El sol de plomo, el erial de fuego...
El labio no se abre para el ruego,
sino para gemir su angustia eterna...

Todo es calcinación, escombros, ruinas...
¿Si está sucia y sin agua la cisterna
por qué, sedienta, á su brocal te inclinas?

XI

¿Aún te estremece mi recuerdo? ¿Acaso
á media noche tu inquietud despierta,
creyendo que al amparo de tu puerta
mi silencioso amor detiene el paso?

¿Por qué cierras los ojos? ¿Por qué el raso
de tu cendal estrujas?... La desierta
cámara ¿te da miedo, cuando incierta
tiembla la luz en el marmóreo vaso,

á la furtiva ráfaga del viento?...
 ¿Piensas que será el soplo de mi aliento
 lo que le hace temblar? ¡Ah, quién pudiera

en una noche de esas sorprendentes!...
 Besar tu boca, aunque mi beso fuera
 helado como el beso de la Muerte!

XII

Una paloma en nido de serpientes:
 así mi corazón, en los desvelos
 de este funesto amor, cuando los celos
 en él ensañan sus voraces dientes.

Besos que yo soñé, divinas fuentes
 de la felicidad, ¿por qué los celos
 cegaron vuestros místicos consuelos
 á la sed de mi labio?... En las silentes

tinieblas de mis noches invernales,
ella, sus blancas formas virginales
á mis ojos extáticos revela,

entre el ronco rugir de mis pasiones,
lo mismo que una tímida gacela
entre un círculo hambriento de leones!

XIII

En el banco, á la sombra de la acacia
que perfuma la paz de la glorieta,
en el remanso de la tarde quieta,
hermana de tu austera aristocracia,

con persuasiva y lírica eficacia
nos hablaban los versos del poeta
de ese anhelo inmortal que no halla meta
y de esa eterna sed que no se sacia.

Y egitando, de pronto, los cabellos,
me ofreciste tus labios sonrientes,
cual diciendo á mi sed:—Bébeme en ellos!

Y al sonreir, tu boca descubría
la blancura cautiva de los dientes
bajo el arco sangrante de la encía!

XIV

Yo no sé qué canción tu voz cantaba,
pero sé que al oirla, parecía
que el jardín de mi alma florecía
y mi materia se purificaba.

Un éxtasis de luna me inundaba,
y hasta el deseo hambriento que rugía,
al eco de tu voz se adormecía
y en silencio á tus plantas se enroscaba.

En la India en brama de mi pecho, era
 tu pureza infantil, cautiva dentro
 de tantas zarpas y de tantos dientes,

como niña desnuda que tañera
 su flauta melancólica en el centro
 de un círculo dormido de serpientes.

XV

¿En qué manos, decidme, estaréis presos
 cabellos que jamás he acariciado?
 Labios en flor que nunca yo he besado,
 ¿quién libará la miel de vuestros besos?

Jamás crujieron de placer tus huesos
 entre mis brazos... Templo immaculado,
 ¿qué mirada brutal te ha profanado?
 ¿En que collar os engarzásteis, besos?

En dulce confianza, ¿qué indiscreta
voz á tu oído le dirá en secreto
lo que nunca te ha dicho tu poeta?

¿Por qué mostrarte el corazón desnudo?
El amor, que es amor, siempre es respeto;
ni ve, ni habla, por que es ciego y mudo.

XVI

¡Oh, suavidades de tus manos buenas!
Huyendo á gerifaltes y á milanos,
era mi corazón entre tus manos
una paloma herida entre azucenas!

De blancas rosas fueron las cadenas
que á mi cuello ceñisteis—¡oh, tiranos
brazos ds suavidad...—Sueños lejanos
¿por qué venis á perfumar mis penas?

¿Es verdad, es verdad, rosal florido,
 qué entre tus blancas rosas me he dormido?
 Ruiseñor del recuerdo ¿por qué trinas

si han muerto los rosales deshojados?...
 ¿Aún en tu corazón sientes clavados
 aquellos ojos como dos espinas?...

XVII

Voz de humildad y corazón sincero!
 Aun cuando el peso de la cruz la abrume
 siempre en mis manos tu belleza asume
 mansas docilidades de cordero!

Grano de mirra en áureo pebetero
 que humeante en las brasas se consume,
 exhalando la vida en un perfume...
 Tal eres para mí... y así te quiero!

¡Así te quiero, amor! Dulce y sumisa,
haciendo de mi vida una sonrisa
y de mi triste Otoño un Mayo eterno...

Tu amor arde en mi hogar como una hoguera...
¡Qué me importan las nieves del Invierno
si aún me das tus perfumes, Primavera!

XVIII

En mi nocturna soledad callada,
cincelo con fervor, bruño y esmalto,
para lucirla en el postrer asalto,
la rica cazoleta de una espada.

Y en ella, con la túnica plegada
á modo griego, tu perfil resalto,
la cabellera recogida en alto
por un lazo de púrpura cercada.

Siguen tus pasos, con la cesta henchida
de su florida y pródiga cosecha,
las canéforas rubias de la Vida.

Y arqueando las ramas para verte,
pronto el abrazo violador, te acecha
la lujuria de un sátiro: la Muerte.

